

Alicia Leonor Cordero Herrera,
*Felipe Cleere, oficial real, intendente
 y arquitecto entre la Ilustración y
 el despotismo, México, Secretaría
 de Cultura-INAH, 2017*

Jaime Cuadriello*



194 |

La autora de *Felipe Cleere, oficial real, intendente y arquitecto entre la Ilustración y el despotismo*, ha hecho una contribución original, exhaustiva y sustantiva, por partida triple: el análisis regional y social en dos centros mineros claves en la producción de la Nueva España; el análisis arquitectónico y de su lenguaje simbólico en la segunda mitad del siglo XVIII, y el estudio de un funcionario-arquitecto situado en la coyuntura de las transformaciones económicas y sociales que propiciaron las reformas borbónicas. Hasta ahora, Cleere había sido un sujeto

* Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM.

que estaba desdibujado —incluso como intendente—, no digamos como creador y traicista, también denostado por la historiografía del arte: un simple aficionado a la construcción carente de herramientas técnicas y teóricas. Este libro, por el contrario, nos revela el múltiple perfil de un artista-funcionario adelantado a su tiempo, mucho más inquieto y complejo de lo que hubiéramos imaginado; no el segundón cortesano que describía Francisco de la Maza en su libro sobre el arte colonial en San Luis Potosí.

Esta publicación es fruto de una ingente búsqueda en archivos de México, San Luis Potosí, Zacatecas y España, que

reconstruye la trayectoria de este personaje, de familia irlandesa y nacido en Madrid, y que pudo embarcarse en el cortejo del virrey marqués de las Amarillas rumbo a la Nueva España. Dudo que otro arquitecto novohispano haya sido estudiado con esta visión integral y totalizadora de su quehacer político y artístico, que goce de una monografía que permita apreciar su impresionante obra pública en la ciudad de San Luis Potosí, donde ejecuta, por primera vez, una política de reforma urbana que será más visible a partir de la década de 1770 en el resto del virreinato. El esfuerzo documental que ha hecho Alicia Cordero no es

meramente informativo y descriptivo; su trabajo honra con creces un compromiso disciplinar con la historia social del arte y demuestra la posibilidad de escribir un relato de la arquitectura de manera integral –en clave política, cultural y simbólica– y más allá de los esquemas formalistas o calificativos con que ocurren, a menudo, las publicaciones en este campo. No se desentiende de caracterizar las complejas formas de un lenguaje ecléctico y a la vez fuertemente arraigado al entorno regional: sus cuatro grandes edificios potosinos son un caleidoscopio espacial y funcional que representan sendas tipologías arquitectónicas plenamente modernas y confluentes de distintas necesidades y géneros.

Por su capacidad de descripción e interpretación de las formas tectónicas y el rescate del significado de los contenidos, este libro rebasa la expectativa de una monografía convencional, circunscrita al personaje y su catálogo de creaciones; en cambio, a partir de cada monumento, la autora traza un vívido cuadro de la historia social y regional empleando “el ojo

de la época”. En sus páginas se discuten autoría, formación, condiciones urbanas, intencionalidad, tecnología, tipología, función, el lenguaje ornamental, los significados figurativos y también aventura, en lo posible, la recepción de los espacios de cada edificio. Nos expone así un relato de dimensión amplia, explorando, como buena historiadora del arte, la relación dialéctica entre documento y monumento o viceversa: un edificio puede ser en sí mismo una fuente de información y a la vez un lugar de la memoria. El libro logra determinar los alcances de un lenguaje estilístico local, en medio de una ciudad de San Luis Potosí escindida y lastimada (por la represión política luego de la expulsión de la Compañía de Jesús y la naturaleza adversa propia de su entorno árido y caluroso). La *urbs* potosina se modernizó gracias a la visión del arquitecto, luego de la sublevación popular, dotando al espacio público de un lenguaje que trasmite, a cabalidad, la idea de la administración borbónica y su Estado benefactor, pero controlador: orden y policía; abasto

y confinamiento; regeneración e higienismo; y, no hay que olvidar el orgullo criollo por su acendrada devoción guadalupana, que cristalizó en un edificio magnífico y vistoso, peculiar del derroche minero y su identidad político-religiosa. Más allá de que Cleere fuera el brazo político y ejecutor del férreo ministro José de Gálvez, sin duda este personaje se supo penetrar con las bases y los intereses locales para dar expresión cultural a una nueva *civitas*, ilustrada desde el ayuntamiento y su política edilicia —una de las más consolidadas—, resurgida en el norte de la Nueva España. En verdad no hay otra ciudad que entre 1765 y 1780 haya transformado y reconfigurado así su perfil urbano y social.

Esta relación entre documento y monumento permite a la autora tratar problemáticas más complejas del entramado social y político de aquella época y entender la yuxtaposición de las propuestas estéticas que convergían en cada tipo de edificio. Por ejemplo, la Real Caja no sólo debía ser un ámbito palaciego sino también un baluarte y un espacio fabril; la

alhóndiga, por su parte, era un programa que debía cumplir, por medio de sus bóvedas, el almacenamiento salubre y ventilado de los granos, al tiempo que asegurara la estabilidad social de la ciudad.

Ya verá el lector cómo Cleere es un creador racional y visionario que anticipa y perfila los tiempos por venir, un administrador y constructor que configura “el rostro urbano, como dijimos, del Estado borbónico”, pero que también satisface las expectativas del gusto local y sus demandas de identidad criolla: el santuario guadalupano, extramuros de San Luis Potosí, no tuvo competidor posible, luego de que tantas otras ciudades erigieron sus correspondientes lugares de peregrinación para hacer patente el patronato y el

protectorado jurado a la Virgen Morena, en 1746. La enjundia y la escala monumental de este edificio, los secretos simbólicos que encierra su portada-retablo y su emplazamiento como punto focal de una calzada procesional, dejan ver que el cabildo de la ciudad quería mostrar su pertenencia patriótica y ostentar, a manera de un exvoto, que la Virgen de Guadalupe era el más seguro baluarte contra todo desastre natural, social y de salud. El lector hallará, en suma, una propuesta renovadora para estudiar los usos de las tipologías arquitectónicas en el crepúsculo del antiguo régimen y en la alborada de la modernidad, una tesis que explica uno de los problemas más difíciles para responder en el trabajo de todo historiador del arte: la expresión de un len-

guaje desde su propio contexto y la necesaria recepción de la obra entre los habitantes de una ciudad señalada por la violencia y la pacificación, la regeneración urbana y la nueva política de exacción colonial; el solo título de este libro ya es una metáfora, muy completa, del gran relato regional y cultural que evoca. *Felipe Cleere, oficial real, intendente y arquitecto entre la Ilustración y el despotismo*. Puede decirse que este contundente y polifacético libro es un gran teatro en el que se suceden los acontecimientos (históricos) y desfilan los monumentos (artísticos), y en el que puede mirarse a los actores sociales representando un libreto tan pautado por la ocurrencia del tiempo como sorprendente en la configuración del espacio.

